

LEER LOS HUESOS

Anne Huffschmid / Thomas Walther

PROPUESTA CINEMATOGRAFICA DOCUMENTAL

“Aunque el desaparecido no es tu propio familiar, a final de cuentas es tu misma gente. Es la gente con la que te topas todos los días en la calle. No son personas de otros tiempos o de otro lugar.”

Roxana Enríquez, arqueóloga forense, México

PLANTEAMIENTO RESUMIDO - LAS RAZONES DE ESTE DOCUMENTAL

La “desaparición” como tal no existe. Lo que existe son seres y cuerpos deshechos, sus asesinos impunes y la brutal incertidumbre para los vivos. La desaparición forzada, y siempre es forzada, genera una mitología paralizante y por lo tanto oportuna para cualquier poder desaparecedor. No obstante que la burocracia mexicana hoy en día asegure “buscar” (a diferencia de las dictaduras del pasado) y los familiares lo exijan más allá del cansancio, en el imaginario social, los ‘desaparecidos’ rápidamente se vuelven fantasmas, pierden su materialidad y se diluyen en el aire.

Quienes no se conforman con este mito de la desaparición son los antropólogos forenses. A ellos esta película los sigue en su extraño oficio que busca materializar a los fantasmas, rescatar y rastrear los fragmentos, devolverles un nombre y reconstruir incluso las huellas del crimen: intermediarios entre los huesos y los vivos. Está en juego el derecho al duelo a la justicia de los vivos, pero incluso nos lleva a pensar al mismo cuerpo sin vida como portador de derechos, según lo que plantea Celeste Perosino, joven antropóloga forense y filósofa argentina: el derecho a ser nombrado, tratado con respeto y a que no quede impune su sufrimiento. Porque muchas veces en los tribunales, sólo al haber un cuerpo puede haber delito de homicidio, culpables y castigos.

Fue en Argentina donde se reinventaron, hace ya 30 años, las ciencias forenses a servicio de las víctimas de un estado que desaparecía a sus ciudadanos inconformes. Un grupo de jóvenes logró convertir una tecnología criminalística en un dispositivo de búsqueda independiente, que involucraba tanto la excavación en campo como el trabajo con las familias, el análisis de laboratorios como los estrados de los tribunales. Hace 20 años esta otra antropología forense, en tanto ciencia comprometida, empezó a florecer en Guatemala, reino de una violencia desatada que arrasó con no menos de 250.000 vidas. Y mucho más recientemente en el dolido territorio mexicano la excavación de fosas se ha vuelto un nuevo imperativo ante la desaparición de miles y miles de personas, mujeres y hombres, mexicanos y migrantes. La urgencia de saber leer – y hacer hablar – a los huesos no ha perdido nada de su vigencia.

Con todo, resulta un trabajo incómodo y transgresor, en cualquiera de los escenarios que esta película explora: mete ruido donde había silencio, interviene en lo que ya estaba enterrado – literal y socialmente–, transgrede las voluntades de olvido e incluso las fronteras culturales y religiosas, porque desentierren lo enterrado, y se arriesgan, sobre todo donde la violencia extrema es una herida fresca, reciente.

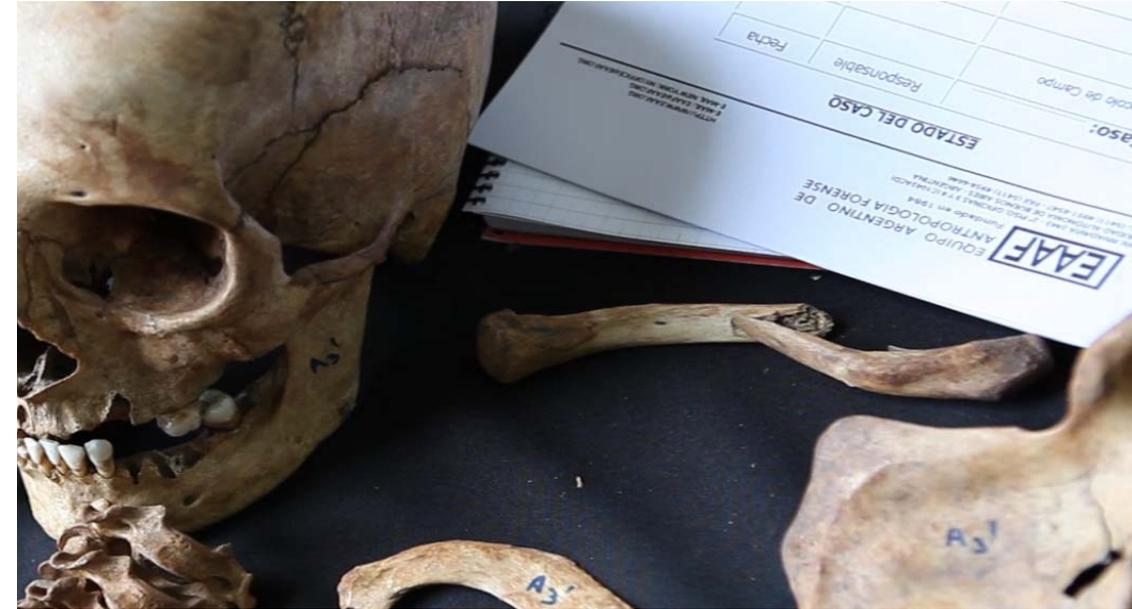


El documental acompaña a un grupo de personas que decidieron hacer de la violencia extrema su quehacer cotidiano. Son todos profesionales con marcadas y variadas personalidades que operan constantemente en una zona límite: entre terror y vida cotidiana, entre fosas y laboratorios, intuición y certezas, la necesaria frialdad y la necesidad de que “las cosas nos duelan”, como nos decía uno de los entrevistados. Los acompañaremos en distintos entornos: sea en una exhumación en una comunidad maya o en el cementerio central de la ciudad de Guatemala, con familiares en Buenos Aires o en exploración forense de un predio abandonado en la pampa argentina, en excavación al Sur de México o en un laboratorio de Ciudad Juárez.

Varían modos de ser y hacer, estilos de vida y concepciones de mundo. Lo que los une a todos – desde la treintañera de Buenos Aires, su contemporánea mexicana o el ex-guerrillero guatemalteco – es una pasión por lo humano que no se detiene ante la muerte. Y la convicción que un hueso es una persona, que los muertos también tienen su dignidad y que todos merecen, merecemos, descansar en paz. Con ellos, nos estamos sumergiendo a la zona delicada entre vida y muerte.

Si la muerte en sí es una desaparición, de la cual no nos escapamos ninguno y que no llegaremos a entender jamás, el secuestro y la eliminación de un cuerpo muerto equivale a una doble desaparición, un quiebre de extrema crueldad. Es ahí donde nace la necesidad de la justicia: recuperar al menos al muerto, hacer posible la despedida y castigar el crimen, restituir algo del lazo social quebrado. Esta noción de justicia ante la muerte, más allá incluso de leyes y tribunales, sería acaso el leitmotiv de la película.

Con todo, los restos óseos nos plantean dilemas que esta película también quiere explorar. Empezando por la paradoja de su invisibilidad: Los 206 huesos que todos llevamos adentro son nuestro interior, lo que nunca se ha visto en vida. A los restos de los queridos se pueden reconocer acaso por algún objeto – una camiseta, un zapato o una cadenita en el cuello – pero difícilmente por una costilla, un hueso o un cráneo. Y hay otro dilema: cuando se logra restituir los restos de su ser querido a una familia, para ésta implica el final de la incertidumbre, pero también de la esperanza. Porque buscar y descifrar por vía forense implica asumir la muerte, ya no la vida, del desaparecido.



PROPUESTA DE EJES NARRATIVOS

Nuestro interés y nuestro foco principal está, incluso literalmente, con los protagonistas, los antropólogos forenses, de variadas generaciones y personalidades. A ellos los acompañamos, los vemos y los escuchamos, también en interacción con algunos de sus principales interlocutores, los familiares en búsqueda.

Son tres los escenarios que queremos entretrejer: la actual emergencia mexicana, la experiencia y legitimidad de los „veteranos“ argentinos – que juegan un papel crucial incluso en el actual escenario mexicano – así como la experiencia masiva de los vecinos guatemaltecos. Los tres escenarios serán por supuesto visualmente distinguibles (por estilos de hablar y vestir, los paisajes) pero no importa tanto señalar cada vez de antemano 'donde estamos'. Habrá cortes y contrastes – entre un entorno urbano y la selva montañosa, una metrópoli y otra, por ejemplo – pero no nos interesa subrayar 'las diferencias nacionales' sino más bien jugar con cierta 'desubicación', para ir construyendo la sensación de que estas microhistorias, en toda su diversidad, forman parte de una gran historia.

En lo que sigue, se describen los principales ejes temáticos y narrativos en su respectivo contexto y cómo nos imaginamos – siempre a reserva de todo lo imprevisto que aún pueda ocurrir en rodaje de campo – las posibles intersecciones para su entretrejimiento.





La emergencia mexicana

“Excavar la tierra en Guerrero es un inevitable acto forense”, comentó Juan Villoro la multiplicación de tumbas clandestinas en territorio guerrerense. Muchos fueron hallazgos involuntarios: se buscaban a los 43 estudiantes que se llevaron los policías de Iguala y lo que encontraron fueron restos de otros cuerpos, enterrados clandestinamente hace poco o ya hace algunos años. Pero no solamente Guerrero es tierra caliente. Según estimaciones de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH), suman más de mil las fosas comunes en todo el territorio mexicano. Estas forman parte de un rompecabezas macabro, ya que su contraparte serían las más de 22 mil 300 personas registradas como ‘no localizadas’ según la última cifra que lanzó el gobierno, y también lo que se calculan como unos 15 mil fragmentos humanos guardados en las instalaciones forenses del país.

Ante el baile siniestro de los números, pero también las constantes fallas, complicidades y la profunda crisis de confianza de las autoridades correspondientes surgió ahora una novedad: un puñado de arqueólogos mexicanos, entre ellos *Roxana Enriquez* y *Joel Hernández*, originalmente especializados en el análisis de restos antiguos, decidieron cambiar las osamentas antiguas por cadáveres mucho más recientes. Fundaron el Equipo Mexicano de Antropología Forense (EMAF), primer grupo independiente en México, que se plantea una antropología forense con sensibilidad social y credibilidad ante afectados y tribunales. Una tarea complicada,

en todos los sentidos: por los riesgos evidentes de trabajar fuera de las instituciones, pero también por el enorme desprestigio de las autoridades forenses en México.

En un rodaje de final abierto, por naturaleza imprevisible, nos proponemos acompañar a Roxana y Joel desde el D.F. en uno o dos de sus recorridos que nos podrían llevar a distintas locaciones significativas: al mismo Guerrero (donde ellos han empezado a trabajar con familiares de Iguala) o también a Ciudad Juárez, donde *Roxana* trabajó durante muchos años en el Servicio Médico Forense, antes de renunciar y fundar el EMAF. El servicio oficial se encuentra desbordado de trabajo y esqueletos – como pudimos comprobar en un primer rodaje de campo – y se topa con la abismal desconfianza de los familiares.

Una de estas mujeres norteamericanas profundamente desconfiadas, que han quedado huérfanas de sus propios hijos es *Bertha Alicia Ruiz García*. Su hija desapareció hace ya cinco años y hace dos le fueron entregados, por los forenses empleados del estado, unos fragmentos de un craneo que supuestamente, según los exámenes, pertenecen a su hija. Pero Bertha sigue sin creer, atorada en el dilema entre asumir la muerte o seguir la búsqueda. Su única esperanza, igual de muchos otros familiares en todo el país, está puesta en “las argentinas”, es decir el knowhow y la credibilidad del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF).

Los veteranos argentinos

Los científicos del Sur, *Mercedes Salado-Puerto* entre ellos, gozan de reputación mundial y fueron convocados a trabajar ya en no menos de 50 países alrededor del mundo. En México, se les invitó primero a intervenir en el caso de las mujeres masacradas de Juárez, luego a colaborar en las indagaciones por la desaparición de migrantes y los hallazgos de Taumalipas y finalmente, en su intervención más reciente, por esclarecer el destino de los estudiantes secuestrados y masacrados de Ayotzinapa. En los tres casos fue expresamente a invitación de los familiares que los antropólogos argentinos se pusieron a excavar y descifrar las fosas mexicanas.

Esta relación estrecha con los familiares afectadas ha sido siempre el sello particular de este colectivo forense. Fue un grupo de estudiantes que empezó a excavar hace ya tres décadas, al término de la dictadura argentina, y a desarrollar una novedosa metodología: combinaban las técnicas arqueológicas con el análisis antropológico – y luego genético – y con la investigación social. Ya no solamente se examinaba a los restos, sino que se reconstruía el entorno social y político de los secuestrados, su militancia y su cautiverio, recurriendo a lo que consideran hasta hoy una de sus principales ‘técnicas’: preguntar y escuchar, mirar y tratar de entender, juntar las piezas del rompecabezas con precisión e infinita paciencia. Una de las reglas de oro era “no juzgar nunca”, ni política, ni éticamente, lo que las víctimas pudieron haber hecho en vida. El otro imperativo es la empatía radical, no como compasión, sino como principio profesional: “Lo que intento es ponerme siempre en el lugar del otro, tratar a la otra persona como quisiera que me trataran si yo tuviera un familiar desaparecido”, nos explicó *Mercedes*.

A través de ella - en entrevista, pero sobre todo en situación de docencia - queremos entender algunas claves del trabajo, en relación con la escucha, la horizontalidad y el respeto.

Esta actitud les abrió las puertas con los familiares en México, muy marcadas por los malos tratos y el abandono por las instituciones. “Fue la primera vez que fueron escuchados como personas,” recuerda una abogada que trabajó con el EAAF en México. Es este espíritu que buscaremos reconstruir, y también lo que los forenses argentinos recuerdan como choque de realidad en tierra mexicana: enfrentarse a la negligencia e incluso la complicidad de las autoridades actuales, con la cercanía temporal del crimen e incluso con la posible cercanía de los victimarios. “Es otra dinámica – de buscar a una persona que desapareció hace treinta años a buscar una que desapareció hace una semana”, nos decía Luis Fondebrider, actual presidente del EAAF y uno de aquellos estudiantes fundadores del equipo.

En general, nos importa mucho su capacidad de armar un relato que logre transformar unos huesos en una persona. Muestra de ella es una aparición de *Mercedes* ante el tribunal (la primera vez que la autora se topó con lo forense en escena, un día de abril de 2012, y que de hecho fue el germen de esta película) donde relata de como unos restos examinados por ella habrán caído de gran altura (fueron arrojados de los llamados vuelos de la muerte) y paso a paso los empieza a llamar por su nombre. Esta escena, que nos resulta clave, posiblemente será incorporado a través de material de archivo.



Pero el Río de la Plata, donde aparecieron estos restos, es un territorio ambivalente. De ello nos habla *Jorge Velarde*, ex-militante y artista plástico. Nos comparte de cómo su amor de juventud quedó sepultado ahí, en las aguas profundas del río, aventada viva desde uno de aquellos aviones militares, como miles de opoitores; muy pocos restos de estos asesinados han aparecido en las orillas. Lo acompañaremos a Jorge en una salida de su velero, en un performance acuático que busca marcar la superficie de este río emblemático como gigantesca tumba clandestina, esta sí inalcanzable para los forenses.

En Buenos Aires también nos encontramos con una joven, *Celeste Perosino*, inserta en los trayectos de la metrópoli argentina. La vemos en la universidad donde da clases, desplegando algún fragmento de sus saberes forenses, y también reflexionando – como también filósofa que es – antes los estudiantes sobre ‘los derechos de los muertos’. En otro setting, la acompañaremos junto con unos colegas – de un nuevo grupo recién fundado por ella – en una expedición forense al terreno de un antiguo prostíbulo en las afueras de la capital. Entenderemos que en Argentina las desapariciones no son sólo un tema del pasado y que ahí también, al igual que en Ciudad Juárez, los comerciantes de sustancias prohibidas y servicios sexuales suelen devorar a las personas y sus cuerpos.



La experiencia guatemalteca



Entre la guerra del narco y la dictadura argentina, la pequeña Guatemala se lleva el record de muertos anónimos bajo tierra: se calcula que la cruenta guerra civil y la brutal contra-insurgencia dejó un saldo de 200 mil víctimas y entre 40 y 45 mil enterrados en fosas comunes. En cientos de comunidades mayas arrasadas por el ejército guatemalteco fueron los propios sobrevivientes quienes enterraron a los masacrados sin marca ni sepultura. Al mismo tiempo, el aparato represor se dedicó, al igual que en las dictaduras sudamericanas, a secuestrar, torturar y eliminar a los opositores políticos.

Es esta la tarea gigantesca que enfrenta hoy a Fundación de Antropología Forense de Guatemala, la FAFG, el mayor organismo forense independiente en el continente, sin apoyo de su gobierno y a contracorriente de buena parte de la sociedad. Su jefe, el ambicioso y carismático *Fredy Peccereli*, encarna un credo emprendedor, convencido de la necesidad pensar ‘en grande’ la antropología forense. Con *Fredy* nos insertamos a los grandes laboratorios de Fundación, de análisis antropológico y de genética. Y también nos adentramos a un ambiente más rudo, el cementerio municipal de la ciudad de Guatemala, donde la FAFG rastrea entre miles de cuerpos enterrados anónimamente quienes corresponden al perfil de un desaparecido. En el campamento en medio del bosque, nos acercamos a como los jóvenes limpiar y ordenan huesos y ropas, entre ellos *Susana Sánchez*. Es un trabajo hormiga – hasta ahora, han podido identificar apenas unas 5 o 6 personas – que requiere paciencia y convicción, pero tiene sus recompensas. “Nos permite ver la máquina fabulosa que somos...”, nos dice *Susana*.



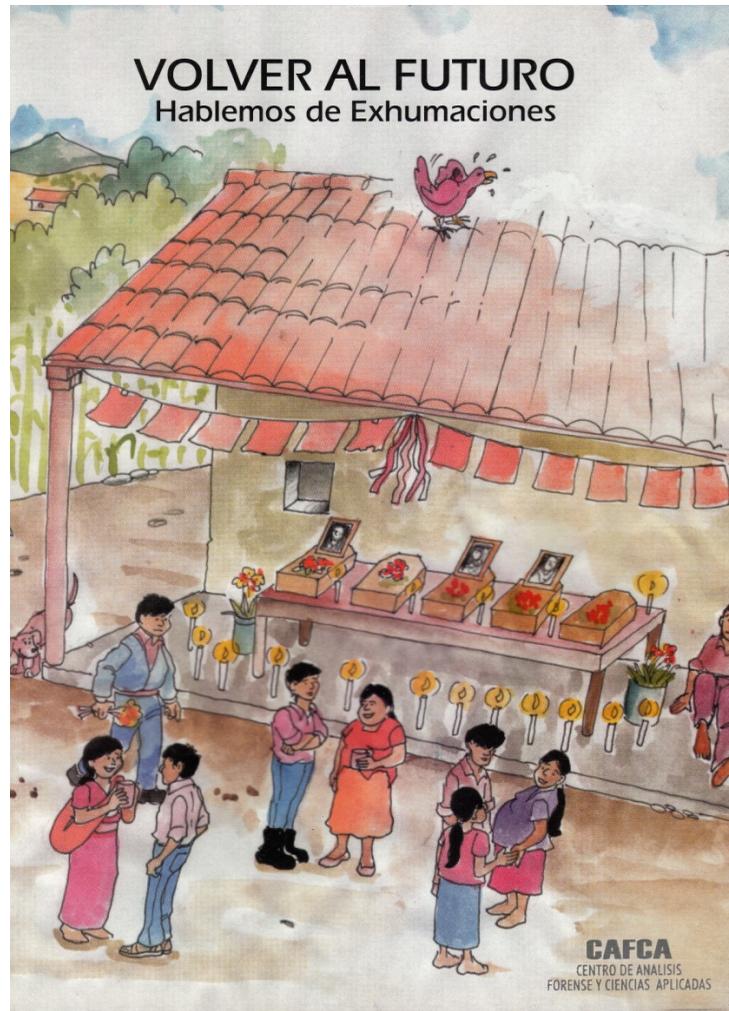
El primer identificado fue el papa de *Samuel Villatoro*. Los restos del sindicalista secuestrado en el 1984 se recuperaron hace mucho pero se han podido identificar solo hace poco tiempo. Hasta la fecha el esqueleto sigue exhibido en un extraño e improvisado museo habilitado por su hijo, donde descansa en una vitrina sobre una sábana roja, junto con el pantalón con que lo encontraron. *Samuel* recuerda el momento de la recuperación: “Cuando nos dicen que ya apareció, lo primero que pedí fue verlo” relata el joven que tenía ocho años cuando se llevaron a su papá. “Después de 28 años sin él, había una oportunidad de volver a estar con él, aunque sea en osamenta. Y cuando lo miré, inmediatamente hubo una afinidad, es inexplicable”. Nació así la decisión, que a no pocos resulta desconcertante, de seguirlo mostrando, porque a fin de cuentas, justifica *Samuel*, su papa llevaba tantos años bajo tierra que sentía que “si lo enterrábamos nuevamente, estábamos enterrando a su historia”.



Erwin Melgar tiene un perfil claramente distinto que su colega Fredy. Erwin es un ex-guerrillero convertido en antropólogo forense, especializado en exhumaciones en comunidades mayas y más recientemente en la recuperación de guerrilleros caídos en combate. A él, lo queremos acompañar en un viaje hacia un sitio de excavación en los Altos del Quiché o en Chimaltenango, donde nos interesa presenciar el inicio un proceso de exhumación. Escuchamos y aprendemos junto a los pobladores la esencia del trabajo forense, tal y como lo explica un precioso material didáctico, el folleto *Hablemos de exhumaciones*): „Los huesos son algo maravilloso. Son como nuestros corazones, toda la vida deja rasgos en ellos y por lo tanto en nosotros“.

Presenciamos como el equipo de Erwin les plantea el sentido de su quehacer: el porque tienen que violentar la tierra, sagrada para los mayas, y porque se llevan a los restos exhumados a la capital.

Con todo, Guatemala es el único país donde los huesos, junto a los testimonios, han ayudado a condenar un expresidente por delito de genocidio ante un tribunal nacional, en el histórico juicio del 2013 contra Efraín Ríos Montt. Nos interesa incorporar, en material de archivo, este papel del hueso-testigo en boca de alguno de los peritos que son nuestros protagonistas, concretamente Fredy Peccerelli o Erwin Melgar.





Más allá de los huesos

Buscaremos reflejar los dilemas y contrasentidos de los restos humanos, sobre todo en el escenario mexicano. Porque aquí la búsqueda forense va a contracorriente de la histórica consigna del ... vivos los queremos, que resuena ahora en las marchas por los 43 de Ayotzinapa. Los jóvenes forenses del EMAF se encuentran en un cruce complicado y contradictorio entre probabilidades y esperanzas. “Aunque pueden manejar públicamente una expectativa de vida, cada uno de ellos tiene su propio proceso y sus propias reacciones”, nos dice Roxana. En esta compleja zona entre emociones públicas y privadas los forenses comprometidos necesitan sobre todo mirar y escuchar, “ver como perciben todo, qué es lo que esperan, y sumarte a lo que esperan.” Pero al mismo tiempo “ser muy realista” para no alimentar falsas expectativas.

Nos importa mostrar que a intervención forense no se agota en los restos materiales. “Nuestro trabajo no termina con una identificación”, reconoce Joel Hernández, “porque ¿qué pasa si en un caso da positivo? Pues todo sigue, hasta encontrar al culpable...” Y en un entorno de impunidad, donde no se espera encontrar o sancionar a los culpables, los huesos identificados – como los de Alexander Mora, el primero de los 43 de Ayotzinapa, o también los de la hija de Bertha – no implican ningún descanso para sus familiares, no hay alivio posible en este hallazgo, como lo fue para familiares en Argentina o Guatemala, donde la restitución permitió al menos completar el duelo y socializar el dolor. En México, en cambio, declarar la muerte sin evidencias de por medio, para muchas familias “equivale a una rendición”, según una colaboradora del EMAF. Y no solamente para los familiares, explica: dar por muertos a los ausentes, así sin más, equivaldría a admitir “que entonces todos somos factibles de volvernos cadáveres de la noche a la mañana.”

Estamos conscientes que la cantidad de protagonistas y escenarios aquí esbozados, y los que posiblemente nos aguardan en los imprevistos del rodaje, desborden lo que se podrá contar en un largometraje que no exceda los 90 minutos. Aún así, no hemos querido descartar algunos de los ejes aquí planteados, que nos han parecido significativos por distintos motivos, y donde ya se ha establecido una relación de cierta confianza. Será al inicio del rodaje cuando vamos a decidir, por las circunstancias y condiciones concretas del momento, a quiénes de los protagonistas podremos acompañar y a quienes no.



ACERCAMIENTO Y TRATAMIENTO VISUAL

Nuestra principal metodología será la de seguir y acompañar a nuestros personajes en sus procesos y quehaceres, en momentos reflexivos, intensos y delicados, lo que requiere trabajar con un equipo pequeño, flexible y estable, y seguir construyendo lazos de confianza. Estamos conscientes que la presencia de una cámara, y de un equipo de filmación, incide inevitablemente en la realidad que busca retratar y que no podemos pretender volvernos invisibles. Dependerá de nosotros ser lo menos invasivos posible, adaptarnos al ritmo y la paciencia de este trabajo, que contrasta con el dramatismo existencial de su objeto. No pretendemos imponer el nerviosismo del cine, sino establecer una relación de respeto con cada uno de los protagonistas, hacerlos sentir cómodos, para compartir no sólo sus certezas sino también sus dudas, no sólo reflexiones sino también sentimientos, y también sus silencios.

Para establecer una base de confianza y para nuestra propia comprensión del tema, retomamos con los principales personajes las conversaciones ya iniciadas (en la primera fase de la investigación) acerca de su quehacer y su sentir, su motivación, los sentidos de su trabajo, en un ambiente lo más tranquilo y relajado posible. Sin embargo, el método principal será la de observarlos hablar (y actuar) – en el sentido del *observational mode* de Frederick Wiseman – en sus interacciones reales: entre ellos mismos, con familiares o también en situaciones de docencia. Es decir, escuchamos a los personajes principalmente interactuando con otros o desde el *off*, involucrados en algún tipo de acción, sea en el ámbito profesional como también en sus asuntos cotidianos.

En general, nos adaptamos al ritmo de los personajes, entre la paciencia y precisión requerida por su oficio y los flujos de la vida, contraponiendo a la densidad y tensión del trabajo imágenes y momentos de distensión o incluso de humor, revelando la inevitable coexistencia de drama y vida cotidiana, de ausencia y presencias. No pretendemos dramatizar situaciones que no lo requieren, ya que llevan en sí una fuerte carga dramática. Nos interesa enfocar los detalles o las ‘pequeñas cosas’ y los objetos en tanto restos o huellas de vida, como son los objetos personales de los muertos o vivos, un libro



desgastado, una cadenita, una blusa o un pantalón. Es ahí, en este registro de detalles y objetos, donde entra también la materia prima de nuestros antropólogos: el cráneo, el hueso o el fragmento. No habrá ni morbo ni mistificación o fetichismo, sino acercamiento respetuoso y delicado hacia quienes son, en realidad, nuestros protagonistas ausentes.

En general, enfrentamos aquí el conocido dilema de como visualizar el horror y el dolor extremo. Optamos por una estrategia visual de lo implícito, donde no todo tiene que ser dicho, visto o mostrado, y dónde más bien buscamos una mirada indirecta, triangulada: el reflejo de lo terrible o doloroso en la mirada de los forenses, por ejemplo, enfocar de como se relacionan *ellos* con la materia ósea, la desesperación y el dolor que tienen enfrente.

Una escena que ya experimentamos en la fase inicial del proyecto puede ejemplificar lo que entendemos por estética o narrativa implícita: Cuando fuimos al servicio forense de Ciudad Juárez, se nos invitó presenciar – en uno de estos momentos inesperados y no programables de un rodaje – el armado del esqueleto de un joven que sería restituido a su familia. Pudimos grabar ahí con total libertad, sólo cuando se acercaron los familiares se nos pidió "un poco de privacidad", lo que nos pareció lógico y adecuado. Nos quedamos entonces en la sala de necropsia mientras que afuera las personas pasaron ante las camillas preparadas. De repente nos llegó, a través de la puerta cerrada, un llanto hondo de lo que supusimos era la madre quebrada en lágrimas ante el esqueleto de su hijo. La escuchamos, paralizados y conmovidos, y nos pusimos a captar su voz a través del micrófono, con la cámara mirando nada más que la puerta opaca del laboratorio. Sentimos que no hacía falta ver o mostrar otra cosa para (hacer) sentir el dolor.

Queremos hacer hablar también los paisajes que reflejan de algún modo (y sin sobrecargar sus potenciales metafóricos) las dimensiones y facetas del tema: el infinito desierto desolado que aguarda a los cuerpos esquelitizados, la exuberancia de los paisajes selváticos, el cementerio en tanto zona de convivencia entre muertos y vivos o a las orillas de un río que aguarda y a la vez diluye a cuerpos y memorias.



Queremos prescindir de una voz narradora. Quienes nos develan los sentidos de los huesos, serán los propios personajes, los antropólogos forenses en primer lugar, y también algunos de sus principales interlocutores, los familiares. Es decir, no habrá expertos ni voces de dios, todos hablan desde una experiencia y una práctica específica y situada. En el montaje de estas voces y experiencias buscamos captar y reconstruir, distribuido en distintos personajes y esenarios, los momentos claves del rastreo y proceso forense: de búsqueda, hallazgos, lectura, identificación y restitución.

No buscamos simular cercanía a través del zoom, sino acercarnos cuidadosamente, para enfocar no solamente en lo dicho y lo explícito, sino también en los lenguajes del cuerpo. Se grabará con una cámara de gran formato que nos permite 'poner el foco' en quienes nos importan y a la vez des-enfocar al trasfondo, que sin embargo sigue a la vista como contexto en el que ocurren las cosas. Trabajaremos con una cámara de alta luminosidad, que nos permite operar con la luz natural sin necesidad de interferir y estorbar los ambientes de trabajo o de la vida cotidiana.

Se hará un uso muy selectivo de material de archivo, para poder incorporar escenas y momentos claves, como el relato de Mercedes en el tribunal, en el curso de los juicios por los vuelos de la muerte, o también la declaración de los peritos guatemaltecos en el juicio a su ex-presidente. Otro uso, muy dosificado también, será el de mostrar a nuestros personajes de Argentina o Guatemala más jóvenes, en momentos de excavación y laboratorio.





TRATAMIENTO SONORO

Como se decía, las conversaciones con y entre nuestros protagonistas serán una fuente importante para la banda sonora: serán ellos la (única) voz cantante de este documental, no habrá ni (otro) narrador ni comentarista. Estas voces se insertan en dos modalidades: desde el *off*, como narradora de otras actividades y situaciones; cuando son en *on*, serán principalmente interactuando con otros actores, y solo en excepciones hablando directamente ‘a cámara’.

Pero no todo es palabra, los sonidos ambientales y silencios jugarán un papel importante. Es cuando los mismos sitios y lugares empiezan a hablar, ya que fueron y son testigos también de lo que ocurrió, o de una ausencia, y tienen cosas que contar: un sitio de excavación después de que todos se hayan ido a descansar, por ejemplo, o un auditorio ya abandonado o un cuarto vacío. Los lugares también descansan, y los sonidos de lo acontecido resuenan en ellos: el raspar en los huesos, el barrer o excavar, los pasos, una ventana, el viento o el agua, algún fragmento de una pieza musical transmitida por la radio. Es decir, el diseño sonoro estará basado primordialmente en la musicalidad de los ambientes naturales, se trabajará con los sonidos ambientales, reforzando, modificando o modulándolos. Por ejemplo, se pensaría en manipular a sonidos secundarios en los lugares abandonados, haciéndolos desvanecer mientras que algunos detalles sonoros se ponen más de relieve, se acentúan, de acorde con lo que nos importa subrayar en cada momento de la trama.

En general, nos imaginamos un diseño sonoro sublime, que más que ‘musicalizar’ busca generar ritmos auditivos y atmósferas sonoras, con apoyo de un compositor de música experimental.

ACERCA DE LOS PERSONAJES

Seleccionamos, entre quiénes conocimos en nuestra primera indagación de campo, a una serie de personalidades contrastantes.¹ Para cada uno y cada una tenemos definidos puntos de partida, una idea de las posibles historias, pero no podemos saber aún – por la naturaleza misma de la materia – a dónde nos llevarían exactamente. Los protagonistas son los antropólogos forenses que a continuación describimos, caracterizando a cada uno de ellos por alguna cita o algún rasgo particular que dan una idea de lo que cada uno representa en el contexto de esta película.² En un segundo plano figuran dos personas que pertenecen al grupo que los antropólogos consideran sus principales interlocutores: los familiares de las personas desaparecidas, quienes encarnan expectativas, esperanzas y también desilusiones, ya que son ellos quienes significan, en última instancia, los huesos.

¹ Esta propuesta cinematográfica está basada en una primera incursión a campo, en distintos momentos del 2013 y de 2014, que fue posible gracias a una serie de apoyos, entre ellos el subsidio obtenido en la rúbrica de Desarrollo del proyecto del IMCINE). En este primer acercamiento en los tres países mencionados, tuvimos posibilidad de conocer nuestros futuros protagonistas y a palpar gran parte de los escenarios. (véase, como una muestra de tópicos y perspectivas del documental, la “muestra audiovisual” en el apartado 13).

² En el apartado 05 de esta propuesta se incluye una breve cápsula biográfica de cada uno de ellos.



x



Roxana Enriquez

La joven mexicana es arqueóloga formada, con muchos años en el rescate del patrimonio cultural del país. Se hizo forense en la práctica, en el SEMEFO de Ciudad Juárez. Renunció a la oficialidad y fundó, junto con otros, el primer equipo independiente de antropología forense en México. El cambio implica enfrentarse a la muerte ya no por vía simbólica o ritual, sino directa y dolorosamente: “Como forense apareces frente a una persona en el peor momento de su vida. Sea cual sea tu especialidad: un criminalista, un médico, un genetista forense o un antropólogo, estamos siempre en el momento más terrible del familiar.” Considera “respetable” la contratación e intervención de equipos extranjeros, pero le parece indispensable la creación de equipos locales, para “no depender siempre de una solución de afuera”. En México, dice, ocurre algo inédito, “que no podemos tomar a ningún país como modelo. Así que hay que ponernos creativos....”



Joél Hernández

Tiene una sólida formación de antropólogo físico y ha trabajado mucho tiempo en proyectos de rescate de osamentas antiguas, pero también como perito contratado por la PGR. Fue convocado al nuevo colectivo forense, el EMAF, por Roxana. Meterse ahora en el patrimonio sangriento del presente implica un cambio radical en los modos y entornos del oficio: “No estabas acostumbrado a estar cercado de soldados y de enormes pistolas. Es una sensación difícil de describir, porque no conoces el lugar pero lo vas a trabajar intensamente y no sabes qué pasa a tu alrededor, si está todavía caliente la zona...”. Y está consciente que para los familiares la posible identificación no lo resuelve todo: “Quizá se tiene alguna tranquilidad de saber que fue o no un familiar, pero la pregunta sigue abierta: ¿dónde está el culpable?”

x



Mercedes Salado Puerto

De origen española y bióloga de formación, Mercedes se hizo forense en Centroamérica y desde el 2003 se incorporó al EAAF argentino. Por este perfil es una de las internacionalistas del equipo, la que más se ha movido entre distintos contextos culturales. "Hay culturas donde el muerto no muere, donde hay una comunicación constante con ellos. O lugares donde el desaparecido tiene el derecho a decidir si quiere ser buscado..." El contacto constante con esta diversidad confirma su credo de la empatía radical: "Lo que intento es ponerme siempre en el lugar del otro, en el sentido de tratar a la otra persona como quisiera que me trataran si yo tuviera un familiar desaparecido". Plantea el dilema entre cercanía y distancia: "Te absorbe. Se te puede olvidar el cumpleaños de tu familiar, pero no se te va a olvidar la cita con un familiar que tienes que entrevistar. Tienes que tener la capacidad de mantenerte alejado para no enloquecer. Pero al mismo tiempo no normalizarlo, no perder la capacidad de que te duela o que te sorprenda...."



Celeste Perosino

Durante diez años, Celeste se formó como antropóloga forense en el EAAF. „Al principio tenía mucho miedo de, no sé, hacerles preguntas equivocadas a los familiares, o de hacerle mal al esqueleto...“. Celeste representa una nueva generación, inquieta e vivaz, que conecta pasado y presente, praxis forense y reflexión intelectual. Como filósofa se ha ocupado de una „ética del cuerpo muerto“ y de los derechos postmortem. “Por ejemplo, si uno no sabe que en otro lado están hablando mal de uno, por más que uno no se entere, lo están dañando. Lo mismo sucede con los muertos, aunque no se enteran les están haciendo un daño...”. Fundó un nuevo organismo que se dedica a la búsqueda de jóvenes desaparecidos en el contexto del comercio sexual. "Creemos que hay elementos comunes entre la desaparición forzada y la trata de personas: la ocultación de la identidad, la pérdida de la persona con su entorno, la deslocalización...."

Fredy Peccerelli

El antropólogo guatemalteco pasó su juventud en Nueva York y regresó a su natal Guatemala en los noventa, para refundar la Fundación de Antropología Forense de Guatemala. Él postula un credo más cientifista que sus colegas argentinos. "No somos activistas, no salimos a las calles con pancartas. Nosotros apoyamos desde nuestros laboratorios...". Es un líder ambicioso, con un carisma cuasi-empresarial quien insiste que el desafío de 40 mil cuerpos es un tarea de largo aliento: "Siendo yo *newyorkino* me encantó ver como allá se enfocaron a identificar hasta el último fragmento de las víctimas de las Torres Gemelas. Creo que los guatemaltecos merecen exactamente lo mismo. Que nosotros hagamos hasta lo imposible para buscar hasta el último fragmento..." Aunque encarna un credo más *manager* que activista, su nombre sigue apareciendo en las listas negras circulada por la derecha guatemalteca.



Erwin Melgar

Se hizo forense después del fin de la guerra guatemalteca, en la que participó en las filas guerilleras. Ahora, se dedica a recuperar los cuerpos de combatientes caídos en la montaña. Ahí, Erwin interviene en un doble papel, de experto y afectado: "Muchos compañeros con los cuales yo compartí ideales, trabajo e incluso riesgos, fallecieron: unos desaparecidos, algunos ametrallados en las calles y otros murieron en la montaña. Uno no deja de pensar que alguna de estas personas pudo haber sido uno..." De perito, le ha tocado, en el estrado de los tribunales, hacer hablar los huesos: "Los medios siempre decían 'si son solamente testimonios, cual es la prueba?'. Y la antropología forense ponía estas fosas y corroboraba la versión de los testigos. Propiciaba la prueba material."



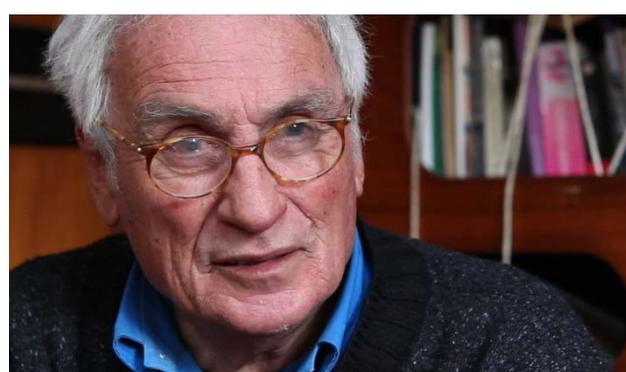
Bertha Alicia Ruiz Garcia

Lleva ya más de cinco años buscando a su hija en Ciudad Juárez, quién desapareció un día a principios de 2009. Desde que le entregaron unos pedazos de cráneo, en 2013, supuestamente identificados como de su hija, sigue en la incredulidad. Encarna la experiencia y los malos tratos de muchas madres de Juárez y también el dilema de no querer, o poder, reconocer en estos fragmentos a un ser querido: "No sabes realmente si es tu hija lo que te dieron o no. Porque nos dan puros huesitos y no están completos. No la estás mirando igual, la miras como nunca la has visto". Las queremos vivas, dice, "porque vivas se fueron. Y nos dan un pedacito de hueso. Pero iba con carne, iba completa."



Jorge Velarde

El artista plástico argentino nos marca algo así como los límites de la destreza forense. Sobreviviente de la última dictadura, ha perdido una novia que fue arrojada, junto con otros miles, al Río de la Plata. Hoy, Jorge habita en las orillas del río, en un viejo velero, y ha realizado intervenciones artísticas sobre su superficie. "Cuando cruzaba el río, yo estaba en medio de la soledad del agua, imaginaba la suerte de los cuerpos, yaciendo en el agua, perdiéndose en esta soledad, algo muy tremendo. Entonces me dije voy a realizar ahí puntos y trazos, determinar arbitrariamente cual podía ser un lugar de impacto con el cuerpo en el agua. Porque el río no dejaba huellas. No sabemos donde están los cuerpos y quizá nunca mas logremos saberlo."



**Ayúdanos a
Encontrarla**



**Brenda Berenice
Castillo García**

ESTATURA: 1.65
COMPLEXION: Delgada
COLOR DE PIEL: Morena Clara

